

Eva García Sáenz de Urturi



El Libro Negro de las Horas

 Planeta

SECUESTRAR UNA MUERTA

Mayo de 2022

Alguien que lleva muerto cuarenta años no puede ser secuestrado y, desde luego, no puede sangrar.

Y mucho menos sangrar profusamente en una elitista editorial de facsímiles en la que también ha sido asesinada Sarah Morgan, una prestigiosa profesional de la bibliofilia, cuando un valioso incunable estalló —sí, explotó— porque una mente enferma y desatada aplicó una capa de glicerina sobre su cubierta tras modificarla hasta convertirla en letal.

Me llamo Unai, me llaman Kraken. La sangre que apareció junto al cadáver era de mi madre, fallecida en 1982 según la lápida del cementerio de Villaverde a la que llevo toda la vida rezando mientras coloco lavanda junto a unas letras que ahora se revelan falsas.

Pero aquí empieza mi historia.

Unos minutos antes de recibir la llamada que me cambió la vida paseaba por el museo de naipes entre imprentas y planchas antiguas, rodeado de piedra de sillería y de coloridas barajas de los cinco continentes.

—¿Inspector Kraken? —preguntó una voz metálica distorsionada por un modulador de voz.

—Ya no —le recordé.

Me había retirado del servicio activo y ahora ejercía de formador de perfiladores criminales en la Academia de Arkaute. Mi vida era más calmada desde entonces... e insoportablemente predecible.

—Escuche atentamente: tengo a su madre y no se la devolveré viva hasta que usted no nos entregue el *Libro Negro de las Horas* de Constanza de Navarra.

—Mi madre está muerta y enterrada —acerté a decir—. Mire, es una broma de muy mal gusto, no sé cómo ha conseguido mi número, pero...

—Si estaría mejor informado, sabría que su madre es la mejor falsificadora de libros de coleccionista de la historia, y para desgracia de los bibliófilos de todo el mundo continúa en activo —me interrumpió la voz, bastante impaciente.

Tenía una aplicación para grabar conversaciones y la activé de inmediato. Mi cerebro de perfilador, ese que nunca se fue, se puso en marcha al escuchar tantos detalles y tan elaborados. No era un bromista, detecté urgencia y algo parecido a la rabia contenida. Había más, mucho más, debajo de aquella voz extremadamente educada.

—Tiene que ser un error —insistí. Tenía que conseguir que continuara hablando—. ¿A quién creen exactamente que han secuestrado?

Me dijo un nombre, no lo había escuchado en mi vida. El nudo en el estómago dejó de apretar. Solo era un error, el mundo volvía a estar en su sitio: la tierra a mis pies, el cielo sobre mi cabeza. El Loco de una baraja del xvii ya no se burlaba de mí desde la vitrina de cristal.

—No es mi madre, pero en todo caso, si es cierto que tienen retenida a una persona en contra de su voluntad, voy a...

—Sí que es su madre —volvió a interrumpirme—. Va-

mos a enviarle hoy mismo a su domicilio una muestra del ADN de nuestra cautiva. Lo recibirá en unas horas. Cotéjelo, le damos unos días para que lo compruebe y después póngase en marcha con la recuperación del *Libro de las Horas*. Es un anciano de seiscientos años que merece más respeto que usted y que yo mismo. Tiene siete días. En caso contrario, ella explotará.

Después me dio detalles claros y concretos de las condiciones en las que se llevaría a cabo la siguiente llamada.

... Pero yo me había quedado en lo del ADN, a lo del libro anciano no llegué a encontrarle sentido, y menos lo de hacer explotar a nadie.

Tenía pocos recuerdos de mi madre, murió de una complicación tras el parto de Germán. Yo tenía apenas seis años. Después ocurrió lo de mi padre... Los abuelos se hicieron cargo y nos criaron. Pocas preguntas y menos respuestas cuando comprendimos lo mucho que les dolían. Uno de los pocos detalles que nos llegaron era que tenían una pequeña librería en el Casco Viejo que bajó la persiana tras su muerte.

—Pues póngamelo fácil —dije cambiando de estrategia—. Ya que usted sabe mi nombre, ¿cómo debo dirigirme a usted?

—Calibán, puede llamarme Calibán.

—¿Perdone?

—¿Pero qué clase de educación le dieron a usted? Calibán, el personaje de Shakespeare en *La tempestad*.

—*La tempestad*, por supuesto —contesté, por decir algo—. Calibán entonces. Deme datos de ese *Libro Negro de las Horas*, no tengo ni idea de lo que me está hablando ni de cómo conseguirlo.

Pero entonces se escuchó un golpe y algo que identifiqué como un grito.

—¿Oiga, sigue ahí? —pregunté alarmado.

Y entonces la voz cambió, era otra, también distorsionada, pero lo que escuché me fulminó el cerebro:

—¡Unai, hijo! ¡No...! —Después otro golpe, después silencio. Después colgaron.

Y yo me quedé allí, apoyado en la pared de sillería del museo, con aquel «Unai, hijo» que me dejó temblando. Temblando como nunca antes.

Porque un hijo reconoce el grito de su madre, y yo llevaba cuarenta años pensando que las letras de metal que certificaban la muerte en las lápidas de los cementerios eran verdades absolutas.

A Calibán le bastó una semana para desbaratar todas las certezas sobre las que había cimentado mi vida.

EL LIBRO NEGRO DE LAS HORAS

Mayo de 2022

Me lancé a la calle adoquinada, aquella tarde llovía a cántaros, el suelo de la Cuchillería resbalaba, pero corrí hacia mi piso, en la plaza de la Virgen Blanca, en el corazón de la ciudad.

Marqué el número de Esti. Ella continuaba en activo como inspectora de la División Criminal. Estíbaliz Ruiz de Gauna tenía el alma caliente y las ideas muy claras. Era una combinación ganadora, y yo necesitaba desesperadamente una buena carta porque no sabía si tenía delante un farol o un payaso.

—Esti, he recibido una llamada de un supuesto secuestrador. La he grabado y quiero que la escuches. Te la paso.

Colgué y se la envié. Esperé un par de minutos y volví a llamar.

—¿La has escuchado?

—Eres huérfano desde niño, ¿de qué va todo esto?
—contestó aturdida.

—Tiene que ser una broma de muy mal gusto. No sé qué credibilidad darle, la verdad.

Había llegado ya a mi portal, subí los tres pisos dando zancadas. Y no sé por qué, me fui a los ventanales para controlar desde allí toda la plaza de la Virgen Blanca.

—Ha de ser una broma —coincidió—, pero me inquieta mucho lo del *Libro Negro de las Horas*.

—Por el librero anticuario que ha aparecido asesinado, ¿verdad? Por eso te he llamado. Es demasiada casualidad.

Un par de días antes nos habíamos despertado con una inquietante noticia: el más conocido de los libreros anticuarios de la zona norte había aparecido muerto en su propio local, la prestigiosa librería Montecristo, la cueva de Alí Babá para bibliófilos de todo el mundo a la que peregrinaban en busca de incunables y ediciones raras de biblias en lemosín.

Se llamaba Edmundo, y aunque no se apellidaba Dante, él se hacía llamar el Conde.

Era un personaje que no pasaba desapercibido, seductor y derrochador. Su empleada lo había encontrado en la trastienda, posiblemente envenenado con alguna sustancia volátil, porque ella también se intoxicó al respirar el aire y acabó en el hospital de Txagorritxu.

—¿Qué puedes contarme del librero, algún elemento en común con el *Libro Negro de las Horas*? —quise saber.

—No sé nada de libros de horas, ni sé todavía si le robaron algún ejemplar valioso. Su muerte fue provocada, en todo caso. Estamos interrogando a su entorno. Edmundo no era un hombre discreto precisamente, era de los que alardeaban de sus últimas adquisiciones en libros de coleccionista. Estaba casado con la heredera de los Goya, diez años mayor que él.

—¿Los Goya, los de las confiterías?

—No sé si están emparentados o son una rama, pero sí que proviene de una familia de empresarios de toda la vida —me aclaró—. No tenían hijos, ella es directiva de la Fundación Sancho el Sabio, es una mecenas en el mundo de la cultura. También he de decirte que no me lo está poniendo fácil para tomarle la primera declaración. Lleva

dos días dándome largas por teléfono. O es muy estoica o la he visto muy entera. Pero ahora mismo vamos a centrarnos en la llamada que has recibido y lo trataremos como un posible secuestro. Hay dos voces, dos personas implicadas. Voy a pasar esta grabación al laboratorio de Acústica Forense y hay que preparar un operativo. El tal Calibán dice que te enviará el ADN de la rehén en unas horas. Vendrá a través de un mensajero, imagino, pero vamos a detenerlo y rastreamos el origen del envío. ¿Estás en tu piso, en Vitoria?

—Sí, aquí estoy, si me ponéis un par de compañeros, estaré bien. Habla con el laboratorio y avisa de que puede que en unas horas les enviemos dos muestras de ADN para cotejar, que le den prioridad. Sea quien sea que esté secuestrada, hubo gritos y forcejeos, está en peligro.

—Pensaba hacerlo, después me acerco a tu piso. Si llega en unas horas, seré útil a tu lado. Pero, Kraken...

Solo Esti me seguía llamando Kraken, y no me molestaba.

—Tu madre murió cuando nació Germán, ¿verdad?

—Está enterrada junto a mi padre en Villaverde. Era de Madrid y no tenía familia, y mis abuelos la acogieron como a una hija desde el principio. Sí, esa es mi historia familiar, el abuelo no puede haberme mentido durante cuarenta años, ¿no crees?

—No, si queda alguien de fiar en este mundo, desde luego es el abuelo. Es solo por asegurarme. De todos modos, ha dicho un nombre. No es nada común. ¿Lo habías escuchado alguna vez? —preguntó mi compañera.

—No creo que nadie que conozca se llame así, me acordaría. El apellido es otra cosa.

—Desde luego —convino ella—, y si esa mujer existiera, tendría que haber nacido en los cincuenta. Voy a lanzar una búsqueda en las bases de datos. Si el tal Calibán afirma

que es la mejor falsificadora de libros antiguos, puede que esté fichada. Te cuelgo y me pongo a ello.

Llegó la noche y no apareció ningún mensajero. Bajé varias veces a comprobar el buzón, pero el portal estaba vigilado y solo entraron los vecinos. Aun así me aseguré, por si alguien los había interceptado y les había encargado que metiesen algún sobre en mi buzón. Pero seguía vacío.

Llamé a Alba, conciliábamos como podíamos entre su trabajo al frente del hotel palacio en Laguardia y mis clases de Perfilación en la Academia de Arkaute, a la salida de Vitoria. Nuestra hija Deba crecía feliz y precoz, había cumplido ya cinco años. Yo vivía a caballo entre Vitoria, Laguardia y Villaverde, donde mi abuelo casi centenario se empeñaba en vivir solo mientras bajaba todos los días a cuidar la huerta, como si el tiempo contase de otra manera en su organismo.

Hablé también con el director de la Academia de Arkaute, opté por tomarme unos días libres a la vista de los acontecimientos.

Transcurrió un día completo y nadie acudió a mi portal de Vitoria ni al de Laguardia. Llamé a Estíbaliz.

—Aquí no se presenta nadie, y, en todo caso, tienes a dos agentes vigilando. Me siento un inútil sin adelantar nada y la cuenta atrás de Calibán sigue adelante.

—He dado parte al comisario Medina de la llamada del secuestro. Me ha hecho trasladarte que te puedes incorporar cuando quieras en calidad de asesor en Perfilación, como cuando te encargaste del caso de «Los ritos del agua». Yo necesito ayuda, no te lo voy a negar. Hace dos días hicimos la inspección técnica ocular, pero la librería continúa

precintada. Me interesa mucho que veas el escenario del crimen y me des tu opinión como perfilador. Te llevo los informes y nos vemos ahí. Todavía estamos a la espera de los resultados con la autopsia, pero la empleada que lo encontró ya ha salido de peligro, aunque sigue ingresada en Txagorritxu y, si quieres, podemos tomarle declaración. También a su viuda, sigue sin ponérmelo fácil.

—Ten un poco de paciencia, acaba de perder a su marido. Muchos se bloquean y no están preparados para hablar tan pronto con la policía.

—No sé, más que afectada, la encontré muy fría. En todo caso, tengo por delante una inmensa lista de amistades y colegas de profesión en el mundo de la bibliofilia. Edmundo era el típico hiperconector. Y podemos aprovechar para preguntarles por el *Libro Negro de las Horas* y ganar tiempo. Necesito cribarlos y comenzar a elaborar la lista de personas de interés, quiero estudiar su historia personal y policial. Si encontramos algo, pediré información de sus cuentas a los bancos.

—De acuerdo, voy a llamar al comisario Medina para decirle que agradezco la oferta y que voy a colaborar en el caso de Edmundo —le dije.

—Entonces tienes que saber una cosa, Kraken.

—¿De qué se trata?

—Vi cómo quedó el cadáver, y había algo muy patológico en el modo en que sucedió todo. Solo espero que detrás del asesinato en la librería Montecristo no esté ese tal Calibán que supuestamente ha secuestrado a tu madre muerta.

1972

Te llamas Ítaca Expósito. Lo pasas mal cuando nombran tu apellido, porque desnuda y expone tu vergonzoso origen: quien te trajo a este mundo o sus allegados te abandonaron a las puertas del colegio de la Veracruz en una ciudad nortea, hace ya quince años. Ignoras el motivo por el que las monjas te asignaron tu extraño nombre, ignoras por qué no te enviaron a un orfanato.

Lo ignoras todo, incluso tu fecha de cumpleaños: la sustituyeron por el poco creíble uno de enero de 1957.

Te buscas en cada niña que podrías haber sido. Una con padres cariñosos, con familia de las que abrazan, con una casa, un armario, cajones y ropa, más allá del eterno uniforme.

Tus compañeras de clase se burlaban de tu origen hasta que comenzaste a salir en los periódicos.

A sus progenitores les fascinó la leyenda de la niña prodigio de la pintura, la Mozart vitoriana. Las monjas te llevaron a Madrid, a Barcelona, a Londres y a Venecia. Te exhibieron frente a autoridades y periodistas mientras imitabas en tiempo inhumano las pinturas de Goya —ese era sencillo—, Vermeer —esas luces eran magia, te hiciste amiga de ellas hasta que las comprendiste y dominaste— y el tene-

broso Caravaggio. Tenías nueve años y la infancia había quedado atrás.

Te movías en un mundo de galeristas de arte, directores de museos y pinacotecas.

En una de las exhibiciones, una menor, después de una agotadora gira nacional, te sentiste demasiado enferma y te negaste a salir de la cama del hostel.

Hubo presiones y rezos, pero la madre Magdalena comprendió que todo había acabado y la gira se canceló. No sabes si fue entonces cuando empezó a odiarte o su fría hostilidad venía de antaño. Nunca viste una peseta de lo que las monjas ganaron, dijeron que así pagabas tu manutención desde la cuna.

Eres buena en matemáticas. Viste las facturas en la maleta de la hermana Aquilina, la monja de Pretecnología que te enseñó todo lo que sabes de los lienzos, el óleo y la perspectiva.

Eres la única huérfana del colegio, duermes con las otras internas en un espacio común de camastros idénticos con una pequeña mesilla que alberga todas tus posesiones: el uniforme y un camisón. Los fines de semana lo lavas y lo pones a secar sobre el radiador mientras lees algún libro extraído de la biblioteca del colegio, tu verdadero hogar. Una cuna de páginas que te adormece cada noche, cientos de escritores que te acogen sin recordarte quién no eres y te muestran, pacientes, los entresijos de la vida que tendrás.

Tienes un plan.

Un magnífico plan de escape.

Ya hablarás más tarde de ello.

Hoy estás concentrada en mutilar una ilustración de una vista antigua de Madrid de un libro que adoras desde los cinco años: *Viaje por España y Portugal*, de Hieronymus Münzer. Es una reimpresión antigua, del siglo XIX, aunque

el original tenía cuatro siglos más. Primero la admiraste, después te obsesionó hasta que comprendiste que la querías para ti. Una posesión. Algo tuyo.

Una ilustración no ocupa espacio, y el colegio es inmenso, una gran termitera con sus hormigas obreras —las hermanas más sumisas—, la termita reina —la madre Magdalena, pese a su juventud y su belleza, la rígida ama del ecosistema— y sus miles de galerías, túneles y agujeros donde esconder tesoros, como la espléndida ilustración que vas a cortar para ti.

Aprendiste pronto a diferenciar las joyas de la morralla. Los libros más antiguos eran los peor encuadernados: pergaminos amarillentos, arrugados por el paso del tiempo, los cambios de temperatura y la humedad.

Las mejores encuadernaciones, cuero y terciopelo grana con apliques metálicos, eran de libros posteriores: siglo XIX, la época dorada de los grandes bibliófilos.

La hermana Aquilina tiene una revista de bibliofilia donde lo aprendes todo. Se titula *Titivillus*, como el pequeño demonio que susurra a los escribanos para que se equivoquen al escribir y después los espera en el Infierno. La robas después de la cena, cuando ella desaparece, dice que a cuidar ancianos, a saber a qué se referirá. Entrás en su celda y la sustituyes por un número anterior. La estudias, apuntas lo que no quieres olvidar y la devuelves antes de que retorne por el pasillo del ala este de la parte privada del colegio, un magnífico edificio de piedra gris que recuerda a un castillo inglés, con sus pequeñas almenas y su torreón circular.

Pero esta vez es distinto: vas a mutilar una joya bibliográfica.

El plan es muy elaborado.

En la fiesta de la patrona te presentaste voluntaria para la rifa. Hacías amables caricaturas de tus compañeras por

cinco pesetas. Trabajaste doce horas seguidas. Incluso cuando todas las hermanas se fueron a comer, tú te quedaste dibujando a varias chicas. Al final del día les diste la caja, una fortuna: cien pesetas. Pasaron tantas alumnas y las monjas estaban tan pendientes de la rifa, la música, la misa y la visita del obispo que no llevaron la cuenta de los dibujos que entregaste. Por la noche, en la soledad del baño, desplegaste por fin tu tesoro: sesenta y cinco pesetas. Tu primera paga, tu primer sueldo, tus primeros ingresos.

Después llegarían muchos más, gracias siempre a tu pericia, eso que con tanta alegría y ligereza llamarán siempre «tu don». Como si los años de estudio y de práctica no contasen, como si hubieras nacido sabiendo imitar un Gauguin sin tener que estudiar el rostro triste de sus concubinas maoríes, meterte en su alma y comprender los motivos de su mirada perdida.

Con el dinero del día de la patrona te escapabas un viernes, el día de la libertad —las monjas os dejan a las internas salir a pasear por Vitoria durante una hora—. Has convencido a la hermana bibliotecaria de que te permita barrer la biblioteca y quitar el polvo a las estanterías. Con el tiempo, a veces, solo a veces, te deja la llave y no está presente. Un bendito día coincide que es viernes, sales corriendo a la ferretería de la calle Olaguíbel, haces una copia de la llave de la biblioteca con veinte pesetas. Dejas pasar unas semanas, no visitas demasiado la biblioteca para que la hermana bibliotecaria se olvide de ti. Es un lunes por la tarde, la biblioteca está cerrada los lunes por la tarde, hay muchas clases de las alumnas externas y todas las monjas están ocupadas.

Ha sido un día largo. Mikaela, la alumna más adinerada del colegio, habrá recibido ya la sorpresa. Siempre te ha tratado mal, y eres consciente de que ha castigado a todas las compañeras que alguna vez se te han acercado. Ella

controla el grupo de élite de clase. Las monjas se lo permiten por las donaciones de su padre.

Tú has mantenido siempre una distancia prudencial para escapar de sus burlas, siempre te hacía las mismas preguntas: «¿Dónde te van a llevar tus padres de vacaciones? ¿Dónde vas a pasar las Navidades?».

Al principio duele, después aprendes a exponerte, como a la lluvia o a una tormenta de truenos.

Cala, pero no mata.

Puede abrasarte, pero confías en los hados y no lo hace.

Pero ayer Mikaela llegó con la mejilla marcada. Cinco dedos. La mano de su padre, imaginamos todas. Nadie dijo nada. Estaba callada. Tú no tienes padre, pero por primera vez te alegras de ser huérfana, ¿y si tuvieras padre y fuese ese tipo de padre? Sabes que Mikaela está en un lío. Últimamente falta a clase, todas sabéis que es un chico, uno de Corazonistas. Y ayer faltó.

La madre Magdalena le ha exigido que su padre envíe un justificante de su ausencia. Alguien te lo contó, en este colegio los pasillos devuelven los ecos de las conversaciones, sobre todo de las conversaciones más inconvenientes. Siempre hay alguien, monja o alumna, que te cuenta. Y mientras la madre Aquilina imparte Naturales a las de tercero, entras en su despacho y buscas justificantes del padre de Mikaela. Su firma es sencilla, estilizada, en cursiva, apenas con rúbrica. Firme, ostentosa, como un padre que pega a su hija.

La cuartilla es importante, pero es un folio común; la tinta es negra, puedes conseguir una igual. Tomas palabras que ha usado en notas anteriores y justificas una tarde de besos prohibidos con un resfriado común. Mikaela nunca sabrá quién le salvó la otra mejilla.

En esas estás cuando tiembles en la biblioteca.

Una cosa es imaginar durante mil noches seguidas que

eres la poseedora de una ilustración que te fascina. Otra cosa es girar el pomo con la copia de la llave, respirar pesado hasta comprobar que encaja, colarte rápido en la biblioteca y cerrar la puerta a tus espaldas. No enciendes la luz de la cueva de Alí Babá. Los tesoros te esperan, son pura seducción para alguien que no posee nada salvo cuarenta y cinco pesetas y una llave.

Y en la semioscuridad que te regala un ventanuco alto y estrecho, te mueves por los claroscuros de este lienzo. Llegas al ejemplar, te has guardado un bisturí de la sala de Pretecnología. Mutilar un libro antiguo no es tan sencillo como aparentaba. El papel está cosido y el hilo se resiste. El filo del bisturí no corta tan fino como debiera. Y no quieres hacer una chapuza: el libro merece permanecer bello otros cien años más, mútilo, pero en perfecto estado. No quieres herir las otras páginas, no tienen la culpa de ser incompletas, no tan bellas como la ilustración que te obsesiona desde pequeña.

Cierras los ojos y te concentras. Te repites el verso de Almafuerte, uno de tus maestros, uno de los que no conociste, pero que te enseñó unos gramos de vida:

No te des por vencido, ni aun vencido.
No te sientas esclavo, ni aun esclavo.
Trémulo de pavor, piénsate bravo
y arremete feroz, ya mal herido.
Que muerda y vocifere vengadora,
ya rodando en el polvo tu cabeza.

De acuerdo, «no te des por vencida ni aun vencida». Ahora solo existís esa ilustración, el bisturí y tú. Sois un ecosistema cerrado, tú eres la depredadora, el papel es la presa, el bisturí es la panoplia.

Las miles de horas que has pasado sujetando con preci-

sión un pincel para imitar trazos ajenos te sirven, porque tienes pulso de relojero, de cirujano, de trilero.

Aplicas la fuerza necesaria y el hilo centenario cede por fin, la ilustración se separa poco a poco.

Las prisas de este mundo quedan fuera de tu latido, la precisión es lo único que importa, el enfermo no ha de sufrir más daño. Has mutilado la belleza de un libro antiguo, la hoja apenas pesa en tus manos una vez liberada.

Te abres la blusa blanca y lo pegas a tu cuerpo, debajo de la camiseta de tirantes que te queda pequeña. Eso juega a tu favor. El papel se acostumbra a la temperatura de tu cuerpo.

Depositas el tomo mútilo en el hueco delator de la estantería de incunables. Por eso limpias el polvo de las estanterías desde hace meses: la ausencia de huellas es importante para que no detecten que alguien lo ha manipulado.

Ahora queda la segunda parte de tu plan: esconder el tesoro para volver a disfrutarlo siempre que quieras. Tu primera posesión, arrancada a los siglos.

Así será siempre: nada te será dado, habrás de cogerlo por ti misma.

La libertad, el amor, la vida.

Llega la noche, solo deseas que termine la cena y puedas recrearte en la oscuridad de tu camastro.

Pero algo sucede hoy. Algo inusual. La madre Magdalena enciende la luz del dormitorio común de las internas. Hay murmullos de extrañeza, alguna incluso se atreve a refunfuñar. Pero ya sabes que es por ti. La directora adora lo previsible, jamás ha irrumpido a medianoche en vuestros sueños.

—Ítaca Expósito: a mi despacho. Conmigo.

Sales de la cama aturdida en camión, la noche es fría, y los zapatos, necesarios. Todas miran, ves el terror en sus ojos. Algo de pena en algunos.

—Coge tu uniforme, te vas del colegio.

Hay escarcha por dentro de tus mejillas.

«¿A dónde? ¿A dónde me pueden enviar?», piensas. Y sabes que eres una huérfana de quince años a la que están expulsando de un colegio de monjas.

Tomas el desgastado uniforme de la Veracruz y sigues a la madre superiora. No lleva el velo, por primera vez ves su pelo rubio cortado como el de un hombre, su figura esbelta y recta bajo el camisón, es hermosa pese al rictus de amargura que lastra siempre su sonrisa.

—Cierra la puerta del despacho.

Obedeces, no quiere oídos ni testigos.

Sabes que lleva años esperando este momento, es suyo, se lo has puesto en bandeja. Maldita obsesión, podías haberte limitado a admirar la ilustración en cada visita a la biblioteca, pero la idea de poseerla, de que fuera solo para ti, se fue metiendo día a día en tus pensamientos.

Lo permitiste.

Es culpa tuya.

Te muestra la prueba de tu delito. Junto a la ilustración descansa también el cuento de Andersen: *La vendedora de fósforos*. El más triste, el que habla de una niña mendiga en la noche de Año Viejo que muere de frío bajo un manto de nieve. Ve una estrella fugaz en el cielo y recuerda lo que le contaba su abuela: «Alguien va a morir». La niña usa sus tres últimos fósforos para darse calor. Con el último aparece su difunta abuela, le da la mano y se la lleva con ella a un cielo común. Robaste el cuento el pasado uno de enero, era tu cumpleaños y te lo regalaste. Fue tu primer regalo, te supo a gloria bendita. Lo escondiste en los bajos de la cortina de la vieja capilla, la que está eternamente en obras y nadie visita.

—Voy a avisar a las autoridades, eres menor, irás a un reformatorio.

Te ha observado, te ha seguido, puede que te conozca mejor que tú.

Entonces se escuchan unos nudillos golpeando la puerta.

—¡Ahora no! —alza la voz la madre Magdalena.

La hermana Aquilina ignora la orden y entra. Lleva una bata y unas pantuflas de piel.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunta, hay una autoridad en la voz que no conocías. Eres consciente de que ignoras la historia entre ellas, pero siempre has atisbado que hay más cuando se tratan.

—Ítaca Expósito ha mutilado los fondos de la biblioteca de la congregación. Hay que dar parte al obispado y a las autoridades. Voy a denunciarlo. El ejemplar era uno de los más valiosos.

—No va a denunciar nada, madre. Usted me necesita, esto ha llegado hoy.

La hermana Aquilina deja sobre la mesa un documento. La madre Magdalena lo lee y tú lees el pánico de sus ojos. Se sienta abatida.

—Claro que la necesito, como siempre que estamos en un aprieto económico. Pero Ítaca se va.

—No se va, yo la necesito a ella.

—No veo cómo la va a necesitar.

—Sí que lo ve, no está ciega. Y yo pronto lo estaré. Mi degeneración macular avanza.

—Lentamente, usted puede ser funcional durante muchos años.

—Acabará ocurriendo, y lo sabe, madre. Sea sensata, sea realista, en eso consiste dirigir este colegio —le razona la hermana.

—No podemos retomar una gira, ella misma se encargó de destrozar su reputación.

—No hablo de giras, estoy mayor para acompañarla y

usted no va a hacerlo, apenas la soporta a su lado. Pero yo tengo que formar a una pupila para que me sustituya. Siempre ha sido así.

—Ella no será una Egeria.

—¿Por qué no?

—Han de venir de buena familia, ser cultas, políglotas. No tiene el perfil.

—Haré que lo tenga. Yo la formaré.

—No la van a aceptar.

—Eso déjemelo a mí.

—¿Y la moralidad? Acaba de mutilar una joya bibliográfica.

—¿Me habla de moralidad en la misma conversación donde valoramos incluirla en el círculo de las Egerias? Ítaca es un prodigio.

—Ítaca Expósito es indomable.

—Déjemela a mí —repitió.

Sabes cuándo una serpiente se retira, la directora retrocede. La hermana Aquilina avanza, señala la carta que ha traído mi amnistía.

—Tenemos una semana para conseguir el dinero y salvar este colegio de ser clausurado. No estamos para disquisiciones morales. Romperemos platos y después nos preocuparemos de cómo arreglarlos. El obispo no va a interceder por nosotras, madre —insiste la hermana Aquilina, pero no ruega, expone.

—Está bien, está bien. Pero Ítaca ha de ser castigada. Vuelva a su cama, mañana se la entrego.

La hermana Aquilina te mira y traga saliva. Es una victoria a medias, pero sabe que toca retirada. En cuanto desaparece por la puerta sabes que estás de nuevo en sus manos frías.

Ella mira el cuento de la vendedora de fósforos. Desde su ventana, la nieve cae mansa pero constante. Las noches

son tan frías que ayer murió un mendigo en el parque de la Florida, buscando refugio en la cueva del Niño Jesús.

—Quítate los zapatos y deja aquí tu uniforme —te ordena.

Obedeces, qué remedio, y la sigues planta abajo. Te abre la puerta del patio, la capa de nieve te llega por los tobillos, pero queda noche por delante y sabes que mañana te llegará por las rodillas.

Aunque por primera vez comprendes que tal vez no va a haber un mañana por la mañana.

Te deja descalza en el patio, sin más compañía que tu camisón y los copos que te calan el pelo. Te sueltas las trenzas con la vana esperanza de que tu melena caliente un poco tu espalda. No funciona. Saltas, te mueves, comienzas a correr por el patio desierto a oscuras. Podrías hacerlo con los ojos cerrados, ha sido tu compañero de juegos desde la cuna.

Sabes que, como los peces, si te quedas quieta morirás.